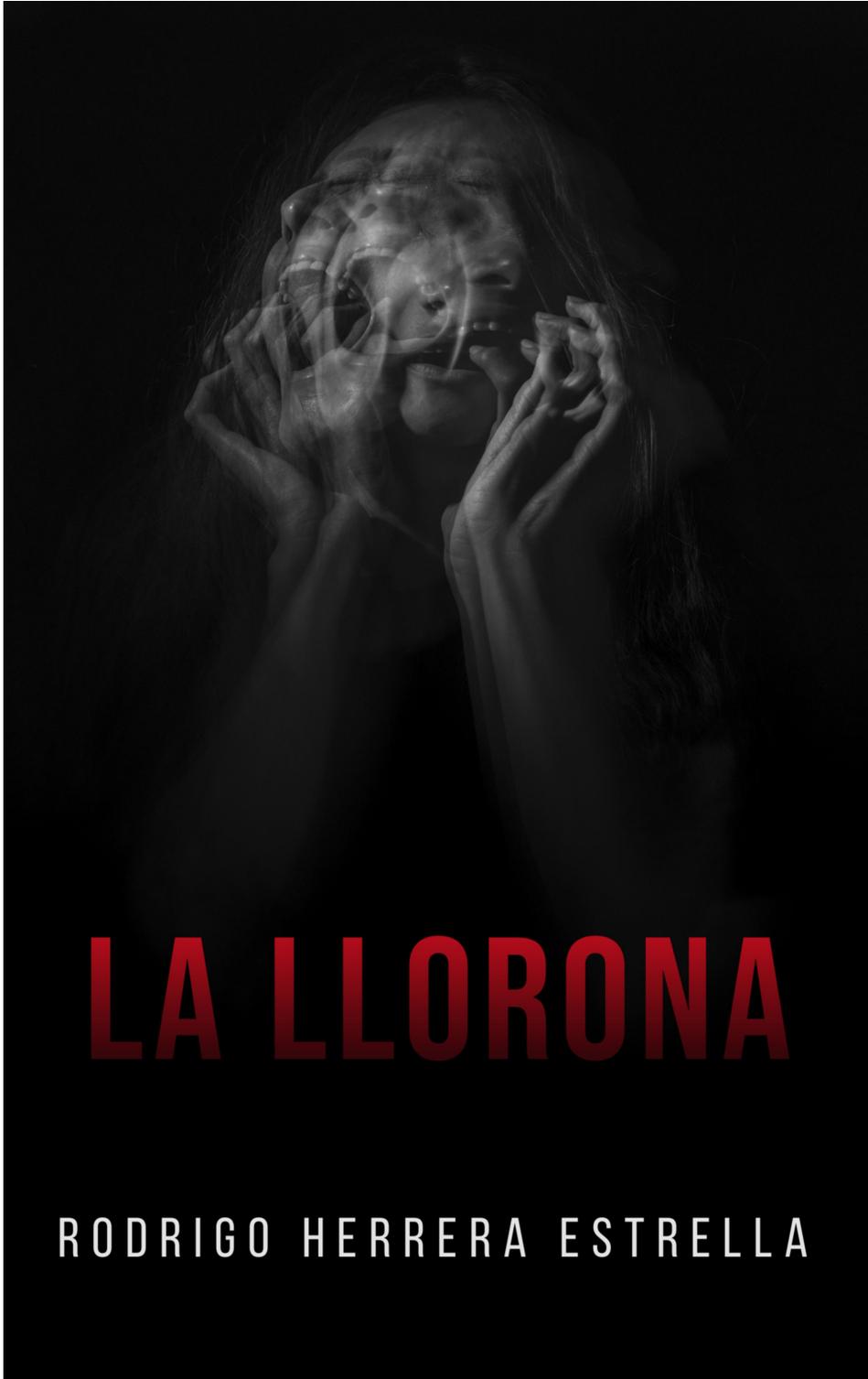


La Llorona

Rodrigo Herrera Estrella



Capítulo 1

LA LLORONA

Image not found.

Las nubes sobre el Cementerio General reflejaban las luces de la ciudad tiñéndose de rojo, y el estridente canto de los queltehues anunciaba la inminente llegada de la lluvia.

—Hace frío —dijo Fabián frotándose las manos.

—Sí —respondió Ariela—, un poco.

El joven intentaba en vano calentar sus manos, y a su vez, calentar los ánimos de su acompañante. La había contactado por una aplicación que había instalado en su celular, y esta era la primera cita que tenía luego de terminar su última relación. La invitó al tour nocturno del cementerio porque le había parecido algo interesante, pero ahora le parecía una idea estúpida.

—Solo espero que no llueva —dijo ella—. No traje paraguas.

—¿Crees que suspendan el tour si empieza a llover?

Ariela miró al cielo y levantó los hombros, arrepentida de haber ido a esa extraña cita. Ella estudiaba fotografía en la academia de artes, y aceptó la invitación motivada por conseguir imágenes para un proyecto en el que estaba trabajando, pero cuando vio a Fabián en persona se decepcionó. No se parecía en nada a la foto que él mostraba en su perfil.

—¡Atención! —gritó un funcionario del cementerio— por favor, hagan una fila para pagar la entrada. Después esperen al guía que los acompañará durante el trayecto.

Se acercaron a una ventanilla ubicada al lado de la puerta principal. Los atendió un hombre de unos cuarenta años, el que los recibió con una sonrisa que dejaba ver sus amarillos y chuecos dientes. Después de realizar la transacción les dijo:

—Tengan cuidado, a veces los jóvenes que se quedan detrás del grupo desaparecen sin dejar rastro. Hace poco se perdió una niña. La buscaron tres días seguidos, hasta que un perro la encontró atrapada dentro de una tumba en el panteón. Su cuerpo todavía estaba tibio, pero ya había muerto.

Los jóvenes se miraron de reojo, nerviosos y preocupados por ese comentario, hasta que de pronto el sujeto estalló en carcajadas. Solo se detuvo cuando tosió atorado por su propia saliva.

—¡Es broma! —dijo secándose las lágrimas— es broma, no se preocupen. Pero no se alejen del camino, a veces las tumbas más antiguas están dañadas y pueden romperse si caminan sobre ellas.

Con un gesto les señaló la entrada, donde ellos y otros cinco visitantes más esperaron la llegada del guía frente a una gran puerta de madera tachonada. Un minuto después la puerta se abrió lentamente haciendo rechinar las bisagras, tras la cual un hombre vestido de monje franciscano asomó la cabeza. Tenía la cara pintada como una calavera, y usaba lentes de contacto negros, tan grandes que ocultaban todo indicio de blancura en sus ojos. En su mano derecha sujetaba el cayado de un pastor.

—Buenas noches visitantes —dijo con una voz gutural que erizó los pelos de Ariela—, sean bienvenidos al inframundo, morada de los caídos y de las almas en pena. Por favor, síganme.

La muchacha, en un acto reflejo sujetó el brazo de Fabián con fuerza, y él, fascinado por la caracterización del guía y la cercanía de Ariela, sonreía de oreja a oreja. «Parece que no fue tan mala idea venir aquí». Iniciaron el recorrido por las calles del Cementerio General, visitando uno a uno los atractivos que el tour ofrecía. Mausoleos de arquitectura gótica, esculturas de ángeles y demonios, lápidas de personajes históricos. Cada una de las

paradas del recorrido despertaba la fascinación de los asistentes.

Ariela ya había superado el miedo y tomaba fotografías con la misma naturalidad y desplante con que lo hacía siempre, pero cuando quiso retratar a Fabián este posó haciendo una mueca ridícula. «Por favor que se acabe luego» pensó ella con una mueca parecida a una sonrisa, deseando que los truenos que se oían a lo lejos descargaran un torrencial que la salvara de esa tortura.

Después de un rato llegaron a una pequeña plaza, adornada por un jardín de rosas rojas y blancas. En el centro había dos estatuas, representando a un hombre y a una mujer en tamaño real. Tenían el estilo de las antiguas esculturas griegas, y Ariela, sin perder tiempo, les tomó varias fotografías.

—Les presento a Orfeo y Eurídice —dijo el guía—, los protagonistas de una historia de amor que traspasa las barreras de la muerte. El mito dice que Orfeo estaba tan triste por la muerte de su amada que bajó hasta el inframundo en su búsqueda, y los dioses, conmovidos, le permitieron salvarla. La única condición era que él no mirara hacia atrás hasta que la luz del sol bañara completamente el cuerpo de Eurídice. Sin embargo, al alcanzar la superficie, Orfeo miró hacia atrás cuando un pie de su amada todavía estaba entre las sombras, provocando que ella se desvaneciera frente a sus ojos. Ahora, esta estatua representa la pérdida eterna del ser amado.

El guía vestido de monje miró al grupo y dijo con su voz de ultratumba:

—Tú —señaló a Fabián con su bastón—, ¿Serías capaz de atravesar el infierno para salvar a tu novia?

—No somos novios... por lo menos no todavía.

Fabián rio y abrazó a Ariela, pero ella se zafó con un ademán brusco. Los demás visitantes soltaron risitas y gritos de asombro, sintiendo una mezcla de diversión y vergüenza ajena. Los ojos de Ariela lanzaban chispas.

—No digas estupideces, hace media hora que nos conocemos y ya no te aguanto ¡Nunca estaría con alguien como tú!

Un silencio sepulcral cubrió el ambiente, el que fue interrumpido por un trueno largo y estridente. Todos miraron al cielo, preocupados por el inminente aguacero que caería en cualquier momento.

—Está bien, no hay por qué alterarse —dijo el guía—. Ahora

acompañenme, nos queda la última parada.

A cincuenta metros de distancia había un edificio con grandes pilares de piedra en la fachada. El monje que los guiaba se adelantó al grupo y subió las escaleras de la entrada. Observó a los turistas mientras se acercaban, y tardó unos segundos en encontrar a Ariela. Caminaba sola, unos pasos detrás del grupo, con la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre el pecho. El guía hizo una corta llamada por radio antes de que todos se acercaran, y mientras los esperaba comenzó a llover. Las primeras gotas cayeron con timidez, pero en segundos la lluvia se dejó caer con fuerza.

—Entren rápido —dijo el guía cobijándose bajo el techo del edificio—. Este tipo de construcción se llama partenón, pero cumple la función de un panteón, que es donde se sepulta a una gran cantidad de gente. Hace muchos años una mujer se ahorcó en este lugar, después de encontrar la tumba profanada de su hijo muerto. Muchos aseguran que todavía se escuchan los gritos y llantos desesperados de la mujer. Así que ahora, para terminar esta jornada, entremos con las luces apagadas y los ojos bien abiertos, para averiguar si esta noche es una de aquellas en las que este fantasma se manifiesta ante los visitantes.

Todos apagaron sus teléfonos celulares y entraron al panteón. Fabián, resignado, se mezcló con el grupo. Ariela iba al final, sola. En medio de un oscuro pasillo el guía se detuvo, y posando un índice sobre sus labios pidió silencio.

Agudizaron los oídos, hasta que alguien gritó:

—¡La escucho! ¡Escucho a La Llorona!

—No seas mentiroso —dijo alguien—, no se escucha nada.

—¡Shhh! —dijo otro— escucho algo.

Se quedaron en silencio, hasta que el inconfundible llanto de una mujer atravesó la oscuridad. Corrieron provocando una pequeña estampida, y cuando salieron del panteón reían nerviosos, pero la copiosa lluvia que los recibió apagó rápidamente el ambiente de jovialidad.

Cuando el guía los alcanzó anunció el fin del recorrido y les pidió que se retiraran, porque el cementerio pronto iba a cerrar sus puertas. Fabián buscó a Ariela con la mirada, pero no la veía por ninguna parte.

—Disculpe ¿Vio a la niña con la que vine?

—Se fue apenas salimos del panteón —dijo el guía, ahora con su voz

normal—, se veía enojada. Parece que hoy no tuviste mucha suerte.

Avergonzado, Fabián dio media vuelta para hacerle la misma pregunta al hombre que le vendió la entrada, pero la ventanilla de la boletería estaba cerrada con una puertilla de madera. «Seguramente se fue» pensó resignado, y se marchó.

En el mismo momento en que Fabián y los demás visitantes abandonaban el cementerio, Ariela despertaba de un extraño sueño. Estaba mareada y desorientada, y mientras recobraba la conciencia se dio cuenta de que estaba atada de pies y manos a una silla. Intentó pedir ayuda, pero una mordaza le tapaba la boca, ahogando sus gritos. Sobre su cabeza una ampolleta desnuda alumbraba las paredes de piedra de la habitación.

Miró a su alrededor. A su derecha había un escritorio con papeles y una pequeña botella con líquido en su interior. En el suelo, un paño húmedo despedía un fuerte olor a cloroformo, y a su izquierda, había una pequeña ventana cerrada por una puertilla de madera. Cuando la vio supo que estaba encerrada en la boletería, donde hace una hora compraron el ticket para el tour.

Quiso safarse, pero las amarras eran firmes. Comenzó a llorar desesperada. Dio pequeños saltos con la silla, acercándose a la ventanilla. Era su única esperanza de pedir ayuda. Estaba a punto de alcanzarla cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe. Asustada miró sobre su hombro. Era el guía, y detrás de él estaba el hombre de los tickets, riendo y frotando sus manos compulsivamente.

—Te dije que no te apartaras del grupo —dijo entre carcajadas—. No mentí cuando te conté que un perro encontró a una niña dentro de una tumba, lo que no te dije es que yo mismo la metí ahí dentro.

Unas risas demenciales inundaron la habitación, ahogando los llantos de Ariela.

—Linda —dijo el guía, acariciando la mejilla de la joven con su cayado—. No tengas miedo, trabajar en el tour nocturno no es tan malo como parece. Imagina que estamos en el teatro. Yo interpreto a un moje franciscano, y tú —alzó el bastón sobre su cabeza—... y tú interpretarás a La Llorona.

Un subido en el aire fue lo último que escuchó antes de desmayarse.

Despertó la noche siguiente, sedienta y adolorida. Intentó moverse, pero al incorporarse se golpeó la cabeza contra una loza de piedra, la cual

sellaba la tumba donde la habían enterrado viva.

—Entremos con las luces apagadas y los ojos bien abiertos —escuchó a lo lejos—, para averiguar si esta noche es una de aquellas, en las que este fantasma se manifiesta ante los visitantes.

Ariela gritó y lloró con toda su fuerza, pero la piedra apenas dejaba escapar un aullido. Un lamento casi imperceptible.

—¡Corre! ¡Escucho a la llorona! —dijo alguien entre risas— ¡Corre!

